

DOMINGO DE PASCUA – VIGILIA PASCUAL
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
4-5 de abril de 2014

En la alegría de esta noche santa, en la que por Jesucristo la luz y la vida vencen las tinieblas y la muerte, la Iglesia, hermanos y hermanas, recorre los pasos más importantes de la relación de Dios con su pueblo hasta enviarnos a su Hijo hecho hombre. Y empieza por el relato bíblico de la creación. No es una crónica científica del origen del universo sino la revelación del porqué existe y del sentido que tiene el mundo y sobre todo el ser humano. Es una revelación de la relación que Dios quiere establecer con el ser humano y del papel central que la humanidad tiene en el mundo.

En este relato, se nos dice que Dios *creó al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza*. Esto nos sugiere enseguida una pregunta. Si Dios es invisible, todo espíritu, y ninguna imagen lo puede representar, ¿de acuerdo con qué imagen Dios los pudo crear? ¿De quién son *imagen y semejanza* el hombre y la mujer? Esta noche santa nos da la respuesta. Sólo hay una imagen llena de Dios invisible: Jesucristo (cf. Col 1, 15). En Nazaret, predicando el Evangelio, sufriendo la pasión, en la cruz, en la resurrección, Jesucristo es *imagen* del Dios invisible. Dios, pues, *creó al hombre y a la mujer a imagen* de Jesucristo. Nos creó *por amor para que fuéramos santos* y llegáramos así a *ser sus hijos por Jesucristo* (Ef 1, 4-5). Él es la medida del ser humano; él nos hace conocer quién es el hombre.

Pero este plan de Dios, lo rompió la libertad humana. Preferimos dejarnos llevar por nuestro albedrío y no por la Palabra de Dios que nos guiaba por caminos de libertad y de vida. Quisimos ser autónomos, fiándonos de nuestro criterio y desconfiando de la sabiduría y del amor de Dios. El resultado fue tener el alma herida sin bálsamo para curarla plenamente, perder el sentido último de la existencia, vivir sin una esperanza sólida y perdernos por los caminos de la vida buscando el amor. El resultado fue, también, el egoísmo con las divisiones y las agresividades que conlleva. El fiarse de falsas divinidades como el dinero y el poder; el fiarse del movimiento de los astros o de las energías naturales que no pueden salvar. Y el pecado... Y la muerte como último horizonte, a pesar del anhelo de trascendencia y de inmortalidad. La *imagen* de Dios según la cual habíamos sido creados se había dañado gravemente, y la *semejanza* de Dios nos quedaba muy lejos.

Vivíamos descarriados, perdidos en nuestros sentimientos y en nuestras ideas, hombres y mujeres de deseo pero siempre insatisfechos y sin encontrar la salida. Dios, sin embargo, no había dejado de amar a la humanidad que había creado con tanto amor. Y nos envió a Jesucristo, como uno más de nosotros para que restaurara nuestra dignidad de ser creados a *imagen y semejanza* de Dios. Ha sido un proceso trabajoso porque no ha sido suficiente con la predicación del Evangelio, Jesucristo ha tenido que sufrir la pasión asumiendo nuestras heridas y nuestras infidelidades como suyas. Efectivamente, es en su sangre que nos es ofrecido el perdón y nos es restituida la herencia a la que estábamos destinados (Ef 1, 7.11) y que habíamos perdido a causa del pecado, del prescindir del camino evangélico. Hoy que lo contemplamos glorioso como vencedor del mal y de la muerte, le damos gracias.

Para restaurar en nosotros la imagen de hijos y hacernos semejantes a él, nos ha incorporado a su muerte y a su resurrección por medio del bautismo. Así podemos morir, sacramentalmente pero realmente, a todo aquello que nos aleja del plan que Dios quería al crearnos y podemos nacer a una vida nueva, podemos ser una nueva creación (cf. 2Cor 5, 17). Con el bautismo somos perdonados, hechos hijos y, por tanto, amigos de Dios, y con la vida nueva que nos infunde podemos pensar como

Jesucristo, amar como él, servir como él, llegar con él a la gloria pascual después de la muerte. Desde él, todo tiene un sentido nuevo. No es un proceso automático. Hay un proceso creciente de interiorización. Así como una criatura se va formando en el seno de la madre, el creyente va creciendo y experimentando un nuevo nacimiento (cf. Jn 3, 3-8) que le forma "un corazón nuevo y un espíritu nuevo" (Ez 11, 19), que lo sella con el don del Espíritu Santo y le da una nueva luz para analizar la realidad, que lo hace partícipe de la vida divina. El bautismo es un inicio que luego hay que ir desplegando con la colaboración personal con la gracia, lo que pide cada día un trabajo espiritual, una lucha ascética.

En esta noche santa será incorporada a Jesucristo por medio de los sacramentos de la iniciación cristiana M^a. Eugenia Espinosa, que, después de todo un tiempo de busca, ha descubierto la persona de Jesucristo y la luz que aporta su Evangelio como centro de la su vida. Hoy, pues, además de ser incorporada a Jesucristo como hija amada de Dios, recibirá, con el sacramento de la confirmación, el don del Espíritu Santo y participará por primera vez de la mesa eucarística. El don del bautismo será recibido, también, por los escolanes Oriol Setó y Bru Solà que luego recibirán también la eucaristía por primera vez.

M. Eugenia, Oriol, Bru: Dios os llamó a la vida porque os quería, pero os quería unidos a Jesucristo para que cada vez seáis más semejantes a él y se abre ante vosotros un camino de libertad interior y de esperanza. Hoy Jesucristo resucitado hará de vosotros una nueva creación. Con la ayuda de él no dejéis nunca de crecer en la vida nueva que os da y sed testigos de la alegría de dejarse coger por Cristo.

Todos los demás que ya recibimos el bautismo en el pasado, hoy renovaremos, también, nuestro compromiso bautismal de ser incorporados a Jesucristo resucitado, de vivir como hijos de Dios, de dejarnos llevar por el Espíritu, de revitalizar nuestra vivencia del Evangelio y nuestra conciencia eclesial.

Ser incorporados a Jesucristo significa entrar en la fraternidad de todos los cristianos. No sólo de los que tenemos cerca, sino también de los que están lejos. Con todos los hermanos en la fe compartimos la alegría de la resurrección del Señor y queremos ser solidarios de los que pasan necesidades. Concretamente tenemos presentes los cristianos de Oriente Medio que desde hace dos mil años testimonian en aquellas tierras el nombre de Jesús. El Papa Francisco pide que, en estos días santos, seamos particularmente solidarios con ellos mediante la oración y la ayuda material, debido a las dificultades, de la marginación y de la persecución que sufren. Os proponemos participar en una colecta a favor de ellos, que haremos al final de la celebración, para contribuir a la acogida de los refugiados, el desarrollo social, a las actividades pastorales, culturales, científicas y ecuménicas de la Iglesia de Tierra Santa y de todo el Oriente Medio.

Hermanos y hermanas: la gracia de esta noche es abundante, el amor de Dios actúa vigorosamente como actuó en la resurrección de Jesús. Acojámosle con un corazón bien abierto y alegre.